

Myra, la mestiza

novela

Cuando la desolada Tuarey se despidió de su amante Clive Berkley bajo las palmeras de Faáa, el pequeño ser protagonista de este relato estaba ya en sus entrañas. Pero Tuarey y Clive, ocupados en amarse y preocupados de separarse, lo ignoraban aún en aquel momento.

No era fácil que el joven marino volviera más a aquellas islas donde su barco, el Bellersea, acababa de realizar un magnífico viaje de exploración científico-política.

Berkley soportaba los llantos y las desesperadas caricias de Tuarey diciéndose que a media milla de Faáa, en el pequeño puerto de Papeete, estaba anclado el Bellersea el cual iba a zarpar para las islas Británicas dos horas más tarde. Poco costaba al blanco consolar a la enamorada indígena, decirle unas palabras amables, las últimas, con seguridad, que le dirigiría en su vida.

" No llores más, querida, volveré y ya no me moveré de tu lado. Viviremos en una choza de bambú a la orilla del mar, lejos de la ciudad corrompida y de sus vicios. Yo me haré pescador, tendré una piragua y viviremos del producto de la pesca, de bananas, de cocos... Tendremos muchos hijos y seremos inmensamente felices."

Mientras así hablaba, Clive Berkley iba pensando que el programa no estaba del todo mal y, un momento, un brevísimo instante, creyó sinceramente que podría convertirlo en realidad. Pero en seguida una oleada de buen sentido dió al traste con tan pueril ilusión. La hermosura de Tuarey no duraría. Como todas las mujeres de su raza, (Clive podía citar más de un caso) engordaría pronto, se marchitaría, abandonándose a la pereza y al fatalismo. Un marino joven y sano no debe abandonar su carrera sólo porque halló una mujercita apetitosa y complaciente en los mares del Sur. La dicha fugaz y por lo mismo perfecta que la apasionada Tuarey le había procurado representaría en su vida errante un episodio más, algo para ^{recordar} contar en las noches de luna ~~sobre el puente de mando, algo para confiar a un~~ ^{velado amigo} al compañero de guardia o allá en su lejano país norteno una noche de invierno cerca de la chimenea encendida.

Lástima que ~~en~~ los últimos momentos que pasaban juntos los estropease Tuarey con sus lágrimas y suspiros. Colgada al cuello de su amante, con el rostro em-

abeja terminado en forma de plumero con dibujos variados, fantasias admirables Y como si no hubiera bastante, para impregnar mejor ese objeto de un encanto casi sagrado, iban colgadas de él toda clase de figuras: cruces, ^{rosarios} circunferencias, flores, animales domésticos fabricados con azúcar, teñidos de colores vivos como los de los huevos de Pascua en los países del Norte. Además un gran lazo de cinta ~~xxxxxxx~~ azul celeste, rosa o blanco haciendo juego con el vestido, completaba el adorno de la palma.

Valía ciertamente la pena de llevar con devoción ritual ese precioso atributo objeto de tanta admiración. Pero el loco del aire no lo permitía, no se contentaba con querer^r arrebatarnos el sombrero (lo cual, a veces conseguía a pesar del cordón de goma que pasaba por detrás de las orejas, por debajo de la barba) ^{sino que} alborotaba nuestra cabellera flotante esparriamándola por el pecho y el rostro cuando la corrección estética quería que permaneciera esparcida por la espalda o colgando al lado de la mejilla en forma de tirabuzón; llenaba nuestros ojos de tierra, deslucía el calzado y maltrataba la bonita palma con sus sus chucherías y su cintaa

Las campanas de las iglesias repicaban alegremente y a lo lejos en lo alto de la ciudad, más solemne, más grave pero no menos invitativa, la de la Catedral esparcía sus notas por el espacio .

Sobre el Oñar, a ambos lados del Puente de Piedra que unía el Carrer Nou con el casco antiguo de la ciudad, veíase a los campesinos con sus clásicas barretinas moradas o vermejas vendiendo ramas de laurel y de olivo . El perfuma sano y penetrante de esas plantas y la visión de brillante verdor que se destacaba en la gris de las piedras, ponía una nota campestre en la misma calle como si el campo y la ciudad eternamente separados, quisieran de pronto juntarse para celebrar en común la conmemoración solemne de la entrada de Jesús en Jerusalén. Nadie o muy pocos de los que vendían o compraban ramos para bendecir, se daban cuenta de la significación profunda del acto y a pesar de ellos se regocijaban porque la hermosura de las palmas y ramas verdes que de todos los ámbitos de la ciudad acudían a las iglesias en las manos de los endomingados gerundenses, exaltaba la imaginación y

alegraba el espíritu popular .

La multitud se repartía entre las parroquias y capillas de los conventos pero la mayoría de fieles acudían a la catedral cuya belleza impresionaba hasta a los laicos y a los profanos, cuya manera de celebrar las fiestas tradicionales atrae siempre un número ^{so gentio} ~~xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx~~

Haciase una parada forzosa ante la Puerta de los Apóstoles. Allí a las señoras vestidas de satén y de surà negro, enmantilladas y enjovadas, no les desagradaba lucir sus galas mientras se empujaban para entrar. Los pequeños rivalizaban también en fasto y coquetería para mayor vanidad y orgullo de sus madres a menudo autoras , como la nuestra, del atavío infantil.

Allí estaban también muchos padres y abuelos ávidos del gran espectáculo ritual disimulando una auténtica devoción a ciertas épocas considerada como indigna de un hombre y de su viril despreocupación, propia sólo de la fragilidad/ ignorancia / temerarias . No podían desprenderse de esa mezcla de curiosidad y de piedad que les llevaba también a ellos hasta las iglesias, sobretodo durante la Semana Santa enteramente consagrada a la conmemoración del Evangelio con la Pasión y Muerte de Jesús. En toda la ciudad hasta en sus más apartados y humildes barrios donde la ~~devoción~~ ^{indiferencia religiosa} ~~no es~~ frecuente, llegaba aquella atmósfera de recogimiento , aquella sensación de tragedia divina conmovedora y edificante .

En la Catedral las ceremonias del día de Ramos revestían una solemnidad inaudita. Antes la puerta de los Apóstoles, esparcidos por la Plage dels Lladoners, por la subida de La Força , por la placeta de las Josefinas veíanse llegar centenares de palmones: se agitaban balanceándose suavemente con esa languidez, con esa gracia propias de las palmeras en los oasis. Y entre las altas ramas mecientes se movían también el fragante laurel y el plateado olivo. Todo este bosque en movimiento entraba poco a poco en la basílica por la puerta de los Apóstoles, se esparcía por la profunda y airosa nave gótica. Oíase el rumor de las palmas entrecuchándose, el inevitable susurro de las voces infantiles, el frotar de centenares de suelas en las losas de piedra y el ruido de sillas ajetreadas y arrastradas. Y cada uno de esos